

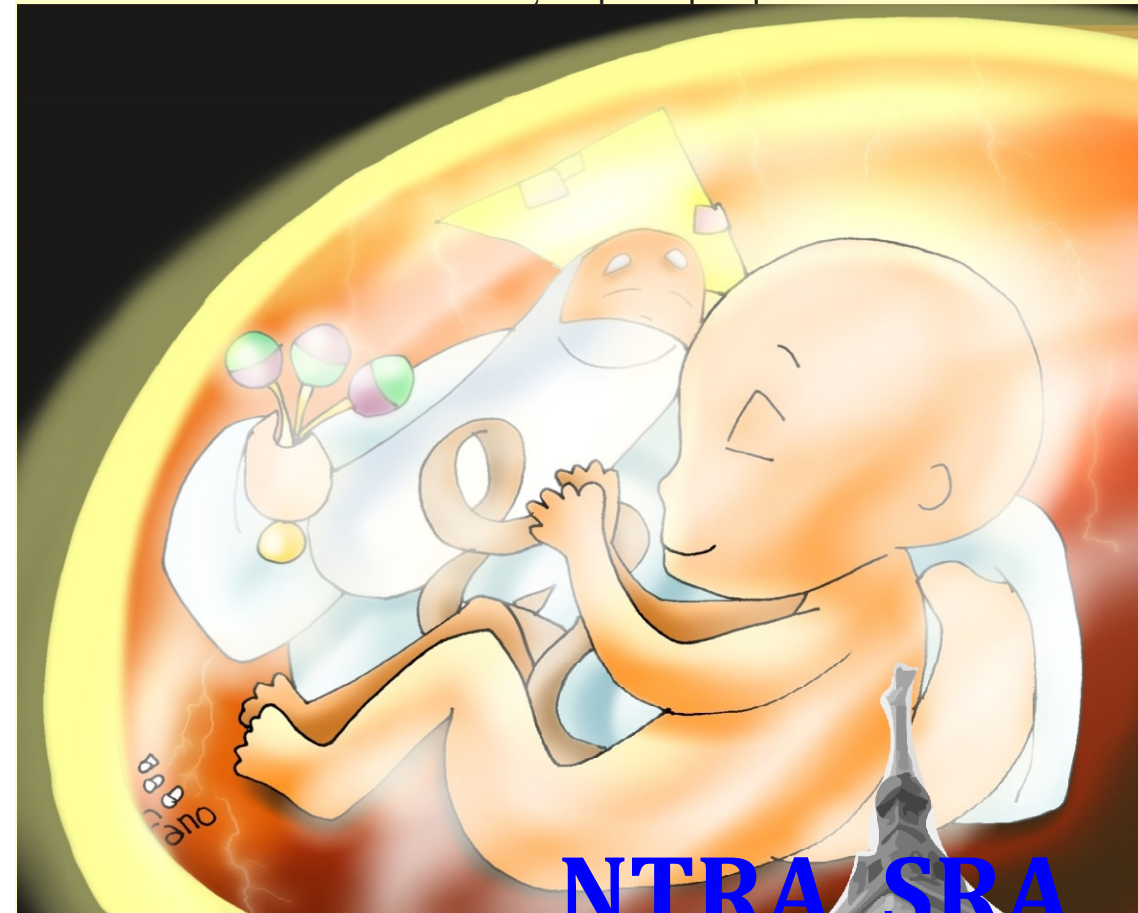
El Papa Francisco acaba de decir:

Necesitamos santos sin velo ni sotana.
 Necesitamos santos de jeans y zapatillas.
 Necesitamos santos que vayan al cine, escuchen música y paseen con sus amigos.
 Necesitamos santos que coloquen a Dios en primer lugar y que sobresalgan en sus trabajos y en la Universidad.
 Necesitamos santos modernos, santos del siglo XXI con una espiritualidad inserta en nuestro tiempo, no la de nuestros abuelos.
 Necesitamos santos comprometidos con los pobres y los necesarios cambios sociales.
 Necesitamos santos que vivan en el mundo, se santifiquen en el mundo y no tengan miedo de vivir en el mundo.
 Necesitamos santos que busquen tiempo para rezar y que sepan enamorar en la pureza y la castidad, o consagren su castidad, si eso es lo que prefieren.
 Necesitamos santos que tomen Coca Cola y coman hot-dogs, que sean internautas, que escuchen iPod.
 Necesitamos santos que amen la Eucaristía y que después, si quieren, tomen una cerveza o coman una pizza el fin de semana con sus amigos.
 Necesitamos santos a los que les guste el cine, el teatro, la música, la danza y el deporte.
 Necesitamos santos sociables, abiertos, normales, amigos, alegres, compañeros.

¿Qué os parece? ¿Os animáis?

Betania-oración de la Comunidad, lunes 11 de noviembre 20,30h. sala 3ª

Operación Kilo, próximo domingo, 17 de noviembre



**NTRA. SRA.
DE ATOCHA**

**“No es un Dios
de muertos,
sino de
vivos...”**



32° T. ORDINARIO (10 Noviembre 2013)

Lucas, en el evangelio de este Domingo, nos presenta a un grupo de saduceos - hoy los llamaríamos agnósticos- que le presentan a Jesús una hipotética cuestión en torno al tema de la resurrección de los muertos, en la que ellos no creían: Una mujer que se ha casado con siete hermanos que murieron sin dejara descendencia: después de la resurrección, ¿de quién es la esposa? La pregunta es irónica y malintencionada.

La solución es clara y precisa por parte de Jesús; pero antes escuchemos lo que se nos dice en la primera lectura del segundo libro de los Macabeos respecto a la resurrección de los muertos: *“Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera que Dios mismo nos resucitará”*.

Jesús siempre es respetuoso, incluso con aquellos que taimadamente le hacen preguntas para ponerle en evidencia, en apuros ante la multitud, desacreditándolo. Y, en esta ocasión, aprovecha la pregunta malintencionada de los saduceos para afirmar el tema de la resurrección de los muertos: *“Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés, (ellos, los saduceos, aceptaban a Moisés como el mediador con Dios en la antigua alianza con el pueblo de Israel), lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: **Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos**”*.

De paso, Jesús nos insinúa algo de cómo será nuestra vida en el cielo, después de la muerte: el único vínculo que nos unirá a todos será el infinito amor de Dios, que hará que verdaderamente nos sintamos y vivamos como hijos de Dios y hermanos entra nosotros.

Pero entonces ¿nos reencontraremos, después de la muerte en el cielo, los que aquí en la tierra nos amamos tanto...? ¡NATURALMENTE; Y PARA SIEMPRE, EN EL ABRAZO AMOROSO DE DIOS!

2Macabeos 7,1-2.9-14
2ª Tesalonicenses 2,16-3,5
Lucas 20, 27-38

Hacia el año 1980 se divulgaron intensamente estas palabras de un autor anónimo que impactaron a muchas personas de buen corazón: *“Tu Cristo es judío; tu coche, es japonés; tu pizza, italiana; tu democracia, griega; tu café, brasileño; tus vacaciones, turcas; tus cifras son árabes; tu escritura, latina. Y tu vecino... ¿un despreciable extranjero?”* Nos cuesta reconocer que todos somos iguales en dignidad y derechos humanos. El extranjero también es un hermano. Nos acostumbramos con gran facilidad a todo lo extranjero si nos resulta útil, si nos sirve. En cambio, cuando se trata de personas comienza la discriminación. En lugar de ver en el extranjero pobre a un hermano y más en estos días de crisis económica, vemos a un competidor que puede quitarnos el puesto de trabajo o puede molestarnos con su manera de ser o de actuar.

No olvidemos que la inmigración es una movilidad dolorosa que proviene de la urgencia de salir de la miseria en donde uno se encuentra para ir en busca de nuevas metas que permitan una vida mínimamente digna. Las continuas llegadas de pateras al sur español, en muchos momentos terriblemente accidentadas o los impactantes sucesos en la isla de Lampedusa, hacen de esta inmigración “un proyecto de muerte”, no por causa de enfermedad, ni accidente, sino por una política de la UE que ha tratado de impedir a las personas en dificultad que alcanzasen las costas de Europa, convirtiendo al Mediterráneo en una fosa común en la que mueren los sueños e ilusiones de muchos hombres y mujeres.

Emigrar es un derecho fundamental de la persona que debemos respetar y ayudar con leyes justas, lo contrario aboca a estos procesos que desembocan en la vergüenza de una tragedia, sin olvidar la colaboración con estos países en vías de desarrollo para que salgan de la pobreza.